

Del arte y el tiempo

Jaume González Padrós

Al empezar un nuevo año – que deseamos propicio para todos nuestros lectores– no es extraño reflexionar, brevemente, sobre el tiempo, aunque aquí no tenga nada que ver con el calendario, sino más bien con el arte, el arte de celebrar litúrgicamente, claro está.

De un tiempo a esta parte, después de décadas de olvido absoluto de la expresión y su contenido, se cita a menudo la bondad y necesidad de considerar el *ars celebrandi* que debe impregnar toda celebración litúrgica. Quizás por la ley del péndulo, fatigados de tanta «vida cotidiana» metida en calzador dentro de la oración de la Iglesia, con un lenguaje y unos gestos notoriamente grises, ahora se reclama algo más de arte a los celebrantes. Está bien; es justo y necesario elevar los corazones. *Sursum corda*.

Incluso el magisterio insiste sobre ello, y en la Exhortación apostólica postsinodal, *Sacramentum caritatis* (2007), el papa Benedicto XVI, haciéndose eco de las diversas proposiciones expresadas por los Padres sinodales, afirma que, «el *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*», y cómo aquel «proviene de la obediencia

fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes». Es decir, se trata de favorecer la participación activa –verdadero estandarte tanto del movimiento litúrgico como de la renovación conciliar– celebrando adecuadamente el Rito mismo, sin añadidos ni parcialidades, «en su plenitud».

Seguramente quería decir algo parecido la imprescindible Instrucción *Eucharisticum Mysterium* (1967), cuando en el núm. 20, afirma: «Para fomentar el orden debido en la celebración sagrada y la participación activa de los fieles, los ministros no sólo han de desempeñar su función rectamente según las normas de las leyes litúrgicas, sino actuar de tal modo que inculquen el sentido de lo sagrado». No es difícil comprender, tras las expresiones concretas de estas líneas que, “orden debido” remite a la belleza de la celebración, a su armonía, como también a su verdad, haciendo todo y sólo aquello que compete a cada bautizado (cf. SC 28), según el Espíritu le haya concedido. Y, el «actuar de tal modo» se puede entender perfectamente como un celebrar con arte, hondura y verdad espiritual. Haciéndolo, pues, así, se hace factible la tan buscada participación activa de los fieles.

Sin menoscabo de la primacía de la gracia, antes bien, reconociéndola cada vez más, el cuerpo eclesial comprende que el arte está estrechamente entrelazado con la liturgia celebrada, que se trata de un don de la Belleza que hay que acoger y de una exigencia de la misma oración eclesial que hay que poner por obra con responsabilidad. Es decir, se van haciendo pasos en la línea de lo escrito por Romano Guardini a principios del siglo veinte, cuando en su obra *El espíritu de la liturgia* (1918) afirma en el capítulo quinto de su obra, titulado «La liturgia como juego», que «no es un trabajo, sino un juego *jugar* ante Dios; no crear, sino ser uno mismo la obra de arte, he ahí la esencia de la liturgia». Y añade: «De ahí proviene esa mezcla dichosa de profunda gravedad y de divina alegría; ese cuidado exquisito en sus múltiples prescripciones, para fijar las palabras, las oraciones, los gestos, los colores, los ornamentos y todo lo relativo al culto, y ese esmero que reclama en su puntual cumplimiento; todo lo cual no es ni puede ser comprensible más que para quien sabe apreciar la psicología del arte y del juego». Es, esta última, una contundente afirmación, que consideramos precisa, y que nos indica muy certeramente el camino a seguir si

queremos educar realmente para la celebración litúrgica a los futuros pastores y a todos los bautizados, cada uno en su nivel e intensidad.

Guardini hace ver que «la liturgia es arte que se transforma en vida» (así empieza el capítulo sexto de la obra citada más arriba), y que esta vida no se funda ni está inspirada en ninguna concepción utilitaria y práctica, y, sin embargo, está pletórica, rebosante del más profundo sentido.

Comprender bien la liturgia, pues, nos aleja de lo funcional, instrumental, y nos rodea totalmente de lo gratuito y bello, como el agua rodea el barco en medio del océano. Y, siendo así, también el tiempo que ocupa la celebración está marcado (debe estarlo) por esta misma gratuidad y belleza. No lo tenemos fácil, hoy, para comprender y hacer comprender esta realidad, en una sociedad de la prisa, de lo rápido y veloz. La gran tentación es transportar la velocidad de internet o de un mensaje sms al mundo de la oración. La reducción de los ritos sacramentales al mínimo indispensable para su validez sirve, a menudo, como fácil coartada para deslizarnos sin remordimiento por esta pendiente. Incluso ocurre, según nos han contado, que algunos católicos orientales, que viven en países de mayoría de rito romano, prefieren este al suyo, precisamente por razón de tiempo, de brevedad. Una verdadera lástima.

Pero la cuestión es que también el tiempo es un signo en la liturgia. Y depende de cómo lo vivamos puede convertirse en un antisigno de lo que pretendemos celebrar. En el mundo de la eficacia el tiempo domina; en cambio, el artista se ha liberado de la opresión del tiempo, y no es este quien le marca la pauta de su hacer, sino el reloj interior, la inspiración y lo que anhela expresar en su obra. Tampoco el niño que juega está pendiente del reloj, y si hacemos memoria, todos recordaremos las regañinas de nuestra madre cuando, saliendo a la calle o llamando a casa de nuestro amigo, nos ha tenido que recordar que ya era la hora de comer. Jugando el tiempo no cuenta, lo hemos dominado, nos hemos liberado de su esclavitud, del tic tac implacable de las agujas del cronómetro, para vivir, sentir, ser, *simplemente*.

Si la liturgia es arte, más aún, si *celebrar con arte* es la condición de posibilidad de celebrar auténticamente, debemos enfrentarnos con la cuestión del tiempo, y no dejarnos someter a su tiranía.

Las celebraciones litúrgicas cronometradas, calculadas para que no duren más allá de unos minutos concretos, son, como he dicho, una contradicción. Su práctica favorece a una mala educación del pueblo de Dios, a una comprensión práctica, utilitaria, medida, de la oración de la Iglesia, del momento sacramental y sagrado, de nuestra relación con Dios. La desmesura, que es lo propio del Amor, debe también reflejarse en nuestras celebraciones, rasgando las costuras toscas de nuestros tiempos raquítricos.

No estamos defendiendo, claro está, alargar las celebraciones por el prurito de alargarlas. No vamos a cambiar la sumisión a un tiempo breve por otra no menos dañina que consiste en obligarnos a un tiempo excesivo. Sencillamente defendemos la libertad ante el tiempo cronológico para celebrar con arte, como signo de los tiempos nuevos inaugurados por la pascua de Cristo que deben resplandecer en los gestos sacramentales, y como garantía del *ser* que impregna toda acción litúrgica y todo pensamiento sobre ella.

Al respecto, nos impresionó el testimonio del teólogo ya citado, Guardini, cuando en sus *Apuntes para una autobiografía* (1943-1945), escribe: «Quiero referirme ahora a mi actividad pastoral, a las posibilidades y límites que yo tenía al respecto. Desde el principio me pareció que el punto central debía ser la misa. Por eso siempre me he esforzado en celebrarla con todo cuidado. Se me objetó repetidas veces, sin embargo, que empleaba en ella demasiado tiempo, pero yo respondía, al igual que lo haría hoy, que no era bueno para la comunidad el que para mí decir la misa no significara nada, cosa que habría sucedido si me hubiese visto obligado a apresurarme».

Efectivamente, para el teólogo era evidente que una misa celebrada con prisas (o sin la grave lentitud de lo majestuoso) podía complacer a muchos, pero perjudicaba a todos, ya que el mensaje subliminal que habría transmitido es, como dice, «que para mí la misa no significara nada». Es cierto, nadie usa un tiempo insignificante para realizar lo más importante de su vida.

Así mismo, conversando en cierta ocasión sobre el tema de la homilía con el gran estudioso de los Padres de la Iglesia, el P. Alexandre Olivar, monje de Montserrat, y autor –entre otras obras– del conocido libro *La predicación cristiana antigua* (1991), entré a valorar la cuestión del

tiempo ideal para una homilía. ¿Máximo diez minutos? le pregunté yo, a tenor de lo que se solía afirmar. A lo que me respondió él sin dudar: «Depende. Hay textos que, para comentarlos de forma que la asamblea comprenda bien su significado, exigen más de diez minutos. No es el reloj quien manda sino el texto y las personas a las que estamos hablando».

Lo dicho hasta aquí contrasta con los gustos y tópicos hodiernos. No los compartimos. Hay que salir de este lugar común en que se ha convertido la máxima de Gracián (“Lo bueno si breve dos veces bueno”) para entrar en la lógica del arte y del juego, esencia de la liturgia. Es decir, para entrar en la *verdad* de la liturgia.